EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

SOLO PARA HOMBRES

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANGEL DEL ARCO Y MOLINERO

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1891

SOLO PARA HOMBRES

SOLO PARA HOMBRES

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANGEL DEL ARCO Y MOLINERO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO PRINCIPAL de Granada, la noche del 22 de Septiembre de 1890.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES		ACTORES
PEDRO	Sr.	Espantaleón.
JULIÁN	»	García.
LUIS	»	Gamero.
PACO	»	Galé.
ANTONIO	»	Fernández.
UN JUEZ	»	Alcoba.

La escena en Madrid.—Época actual.

ACTO ÚNICO

Cuarto de una casa de huéspedes. Puerta al foro y ventana á la derecha. A la izquierda una cama, mesa de noche al lado, lavamanos en un rincón, mesa en el centro, sillas modestas como los demás muebles, y tedo en desorden.

ESCENA PRIMERA

LUIS, PACO y ANTONIO

Paco, sentado delante de la mes , con una baraja, echa un solitario. A la derecha y recostado en una silla sobre la pared, Luis puntea una guitarra. A la izquierda Antonio, de zapatillas, da betún á unas botas.

LUIS. (Entonándose para cantar.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

PACO. (Aparte y refiriéndose al solitario.) No sale bien, no sale.

LUIS. (Creyendo que lo dice por él.) Hombre, si es que me estoy entonando.

PACO. Yo hablo de mi solitario.

LUIS. (Punteando la guitarra.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

ANT. (Interrumpiendo á Luis.) Dale de betún, dale de betún á las botas...

PACO. ¿Queréis callar, que ya me he equivocado tres veces?

LUIS. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

ANT. (Interrumpiéndolo.) Dale de betún, dale de betún que están rotas.

PACO. (Levantándose irritado y dirigiéndose al foro.) Ea, habéis acabado con mi paciencia.

LUIS. (Soltando la guitarra y deteniendo á Paco.) Trae la baraja y no te vayas, que voy á ensayar una combinación.

PACO. (Dándole la baraja.) Toma, y ensaya lo que quieras. Yo voy á saludar á Lola, que ya está sacando los pájaros. (Se dirige á la ventana.)

ANT. (Soltando el botillo y observando á Luis.) Si te sale esta combinación como las otras, te diviertes. Anoche no jugabas más que bizcas, y se estaban dando judías y contras.

PACO. (En la ventana, como si hablara con la vecina.) Buenos días, Lolita. (Pausa.) Sí, dice usted bien, es un poco tarde. Anoche estuvimos hasta las dos estudiando...

ANT. (Á Paco.) Sí, en el libro de las cuarenta hojas.

LUIS. (Barajando.) ¡Hay que barajar bien!

PACO. (Como si hablara con la vecina.) ¡Pero qué guapísima es usted, y qué monísima y qué graciosísima!...

LUIS. (Interrumpiéndolo.) ¡Y qué feísima! Mira, déjate de coloquios, y atiende á mi combinación. ¡Esta sí que no falla!

PACO. (A Luis.) Bueno, voy. (A la vecina.) Adiós, pimpollo, hasta luégo; voy á estudiar. (Se retira de la ventana.)

LUIS. Mirad; el juego más bonito que puede hacerse, es jugar mayores arriba y al brazo.

ANT. ¿Y qué juego es ese?

LUIS. (Tirando cartas en la mesa.) A la práctica. Jugar uno á mayores y otro al brazo.

ANT. ¡Anda, anda! No tengo un céntimo.

PACO. Yo tengo dos pesetas para el programa de Mineralogía; pero no las juego.

LUIS. Si es de mentirigillas. Si perdéis, os lo devuelvo. Aunque no perderéis, porque mi combinación no falla.

PACO. (*Jugando á una carta.*) Un perro chico es el rey.

LUIS. (*A Paco.*) Préstale á éste.

ANT. (*Tomando el dinero que le da Paco.*) Otra perra es la sota.

LUIS. ¡Juego! ¿No queréis meter más?

PACO. Pues vaya otra perrilla. El rey es ya un perro grande.

LUIS. ¡Juego! (*Tirando cartas.*) ¡El caballo! Habéis perdido; es una casualidad. ¿Lo veis?... Detrás el rey. (*Guardándose el dinero.*) Jugar otra vez. Veréis cómo no falla.

ANT. Lo que es yo no entiendo el juego.

PACO. Ni yo tampoco.

LUIS. (*Echando otra vez cartas.*) Meter y veréis.

PACO. (*Jugando.*) Un perro es el caballo.

ANT. Otro perro es el as.

LUIS. ¡Juego!... El rey en puerta. He ganado. (*Cogiendo el dinero.*) ¿Qué, no jugáis más? Me sobra; ya tengo para café, que era lo que se quería demostrar, como dicen los matemáticos.

PACO. ¡Eh! poco á poco; trae los cuartos, que son para el programa.

ANT. (*Devolviendo á Paco el dinero que le prestó.*) Toma siete perrillas que me han sobrado.

PACO. ¡Eh! que no gastes bromas con el dinero, que es para el programa.

LUIS. Lo compras otro día; porque, chico, no tengo ni un cigarrillo.

ESCENA II

DICHOS y JULIÁN

JULIAN. (*Entrando muy sofocado con un telegrama en la mano.*) ¡Aquí fué Troya y Numancia!

TODOS. ¿Qué ocurre?

LUIS. ¿Te han dejado para Septiembre?

JULIAN. Peor.

ANT. ¿Te ha despedido la patrona?

JULIAN. Todavía peor.

PACO. Pues explícate, hombre.

JULIAN. Mi padre llega hoy á Madrid; es decir, ya habrá llegado, porque son las diez y media y á las nueve llega el tren. Yo salí esta mañana temprano, y dice doña Petra que hace tres horas vino este telegrama.

LUIS. ¿A ver, á ver?

JULIAN. Tomad y aconsejadme, porque estoy desesperado.

LUIS. (Leyendo.) «Recibida carta comunicándonos gravedad. Salgo para esa inmediatamente.—Pedro.»

JULIAN. Ya veis si el compromiso es serio.

LUIS. ¡Ya lo creo que lo es!

JULIAN. Como sabéis, hace dos meses y pico le estoy escribiendo á mi padre diciéndole que estoy enfermo, para que me mandara más dinero que el corriente, engaño que me ha salido á las mil maravillas.

PACO. Continúa.

JULIAN. Claro es que para que no se corte el chorro, en cada carta tenía necesidad de decirle que estaba peor, y en la que le escribí hace tres días le decía que estaba gravísimo, y que me mandara treinta duros para medicinas, médico, etc., etc. Y ya veis, cuando creía los cuartos de camino, mi padre, en vista de mi gravedad, viene á Madrid poniéndome en un conflicto.

LUIS. La codicia rompe el saco.

JULIAN. Vendrá, verá que no estoy malo, comprenderá el engaño, se enterará de mi mala vida, y como yo sé quién es, de seguro me rompe una costilla.

ANT. Chico, chico, la cosa es grave.

PACO. El caso es serio.

JULIAN. Y no hay medio de arreglarlo. ¡Dios mío, qué va á ser de mi pellejo!

LUIS. ¡Una idea!

TODOS. ¡A ver!

LUIS. Te metes en la cama y finges el enfermo los días que tu padre esté en Madrid.

PACO. ¡Bien!

ANT. ¡Magnífico!

JULIAN. Hay un inconveniente, y grande. Como estoy grave, es natural que venga el médico todos los días dos veces por lo menos, que es lo que yo he escrito á mi padre.

LUIS. Pues se llama.

JULIAN. ¿Y crees tú fácil hallar un médico que se preste á esta farsa?

PACO. Tienes razón.

ANT Es difícil.

JULIAN. ¡Qué difícil! ¡Imposible!

LUIS. ¡Otra idea! Uno de nosotros hace de médico.

JULIAN. ¡No va áis á matarme de verdad!

ANT. Yo no entiendo una palabra de medicina.

PACO. Ni yo tampoco.

LUIS. Ni yo menos.

ANT. Yo, estudio Ciencias.

PACO. Yo, idem.

LUIS. Y yo, Derecho.

JULIAN. Y hay que buscar solución al conflicto. Engañando á mi padre, negocio redondo. En cuatro ó seis días que esté aquí yo me pongo bueno. Al que haga de médico le pagará la cuenta, que lo menos será de mil reales.

LUIS. ¡Ah! ¡Yo entiendo mucho de Medicina!

ANT ¡Y yo!

PACO. ¡Y yo!

JULIAN Poco á poco. Al que haga de médico sólo le daré una retribución.

ANT. Bueno, es lo mismo. Todos entendemos de Medicina.

JULIAN. Y aún hay más.

TODOS. ¡Eh!...

JULIAN. Otro de ustedes hará de sastre y vendrá á cobrar la cuenta de la ropa; dos ó tres trajes. Y otro hará de zapatero. Todos tendréis retribución.

LUIS. ¡Bravo! Venga el reparto de papeles.

JULIAN. (A Luis.) Tú vas á ser el médico. Tienes más carácter.

LUIS. Acepto.

JULIÁN. (A Paco.) Tú el sastre. (A Antonio.) Y tú el zapatero.

ANT. Menos mal; al fin estoy en carácter, porque á sacar brillo á las botas y hasta á remontarlas, no me ganaría San Crispín, abogado de los zapateros. Ayer mismo le eché un birón á este botillo derecho (Cogiéndolo.) y no hay quien lo conozca.

PACO. Y yo para sastre, ni pintado. El otro día le puse á estos pantalones unas piezas por detrás, y apenas se conocen. (Se levanta los faldones del chaquet y enseña en el trasero dos piezas de otro color.)

JULIÁN. Tú, Luis, no vayas á recetar alguna barbaridad y me mates.

LUIS. Descuída, hombre. Verás qué broma le damos al forastero.

JULIÁN. ¡Ah! es preciso preparar á doña Petra, no eche la cosa á perder.

PACO. Yo me encargo de eso.

PEDRO. (Á voces desde el pasillo.) ¡Bueno, ya sé dónde es; muchas gracias!

JULIÁN. ¡Santo Dios! ¡Mi padre! ¡Pronto, cada uno á su cuarto! (Vanse todos menos Julián.) Yo á la cama. Este pañuelo, liado así, á la cabeza. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... (Durante estas últimas palabras, Julián se quita rápidamente el chaquet, se lía un pañuelo á la cabeza y se mete en la cama con pantalón y chaleco, quejándose.)

ESCENA III

JULIÁN y PEDRO

PEDRO. (Entrando por el foro vestido de lugareño, con capa larga y una vara en la mano.) ¡Hijo de mi alma! ¿Cómo te sientes? ¿No estás mejor?

JULIÁN. (Hablando con tono delicado que sostendrá todas las escenas.) ¡Ay padre, cómo he de estarlo, si yo creo que ésta es la última!

PEDRO. ¡No lo quiera Dios! (Sacando un pañuelo de hierbas y llo-

rando.) ¡Bien me decía el probetico en la carta, que parecía el cadáver de un difunto!

JULIAN. ¡Yo me muero!

PEDRO. ¡No, hijo, no! Ten confianza en la melecina. ¿Ha venío ya el albéitar; digo, el señor méico?

JULIAN. Debe tardar muy poco, porque viene tres veces al día.

PEDRO ¿Y qué estás tomando? Porque no veo por aquí los ingüentos, ni cosa de botica. (Reconociendo el cuarto.)

JULIAN. (Aparte.) ¡Maldita curiosidad!

PEDRO Aquí hay una guitarra, aquí una baraja; ¿pa qué es esto?

JULIAN. Es que los compañeros vienen á distraerme algunos ratos de noche. (Aparte.) (No sé qué decirle.)

PEDRO. Güeno que con la guitarra te distraigan; pero con la baraja... ¡como no se distraigan ellos! Pero oye, ¿dónde están por fin los cacharros de las melecinas? Lo digo, por si tienes que tomar algo...

JULIAN. Como ya el médico me ha desahuciado, no tomo nada, y han quitado de aquí los tatarretes. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!..

PEDRO. ¡Lástima de hijo! ¡Lástima de hijo!... (Llanto cómico.)

ESCENA IV

DICHOS y LUIS

LUIS. (Por el foro, de levita y sombrero de copa, pero ridículamente vestido.) ¡Hola, buenos días!

PEDRO Téngalos su mercé mu güenos. (Quitándose el sombrero.)

LUIS. (Á Julián.) ¿Cómo va ese valor?

JULIAN. ¡Mal, muy mal, don Luis! ¡De ésta no escapo!...

LUIS. (Aparte.) (¡Con pellejo!)

PEDRO. ¡Lástima de hijo!

LUIS ¡Ánimo, joven, aún no desmaya la ciencia!

PEDRO. Pero ¿no hay salvación, señor méico?...

LUIS. ¡Ya lo creo! Aún no he perdido las esperanzas.

PEDRO. ¡Pues no me acaba de decir este borrico que casi está patimuerto!

JULIAN. Sí, padre, yo me muero.

PEDRO. ¡Quita allá! ¡Si querrás tú saberlo mejor que el señor méico!

LUIS. Es muy aprensivo.

PEDRO. Óigaste, señor méico, ¿qué es lo que tiene mi hijo?

LUIS. ¿Pero es usted su padre?

PEDRO. El mesmo, pa lo que su mercé guste mandar.

LUIS. ¿De modo, que habrá usted venido hoy?...

PEDRO. Mesmamente En vista de la gravedá de mi hijo, le puse un... tilin .. grama, y aquí estoy pa lo que se ocurra.

LUIS. (Llevándose á Pedro al otro extremo del cuarto, con mucho misterio) Pues bien, su hijo de usted padece una *sindineritis* aguda, difícil de curar.

PEDRO. ¡Hombre, qué enfermedad más rara!

LUIS Sí señor, la sindineritis es una dolencia que explica admirablemente el padre de la Medicina, el gran Justiniano.,.

PEDRO. ¡Veasté, yo creía que la melecina no tenía padre!

LUIS. Sí señor, le tiene. Y como digo, habla de la sindineritis en el libro cuarto de las Pandectas.

PEDRO ¡Las *Pandetas*, las *Pandetas*! ¡Pero qué palabras tiene la melecina!

JULIAN. (Aparte.) ¡Valiente bárbaro! (Quejándose.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

PEDRO. ¿Pero no tiene cura esa enfermedad?

LUIS. Sí señor El mismo Justiniano indica los medicamentos para combatirla, creo que en el capítulo treinta y dos del Código del Digesto.

PEDRO. ¡Pues mándele su mercé, por Dios, una melecina de ese *cólico indigesto*!

JULIAN. (Aparte.) ¡Qué atajo de disparates! (Quejándose.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

LUIS. (Volviendo con Pedro al lado de la cama.) ¿Hay dolores, eh?

Será preciso reconocer ese vientre. Veamos. (Intenta destaparlo.)

JULIAN. (Resistiéndose.) ¡No, no!... (Aparte.) ¡Si ve que estoy vestido, se echa todo á perder!

PEDRO. Deja, deja que el señor méico te reconoja.

LUIS. Pues veámoslo por encima. (Le oprime el vientre.)

JULIAN. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

LUIS. Continuamos con la enteromatitis de ayer.

JULIAN. ¡Eso es lo que me está matando!

PEDRO. ¡Eso, eso es lo que lo mata! La *entomatitis*, la *entomatitis*. ¡Pero cómo me gusta la melecina! ¿Cuánto mejor no hubiera sío que en vez de las *matasmáticas* hubieras estudiao la melecina y la *cerujina*!

LUIS. Habrá usted querido decir matemáticas.

PEDRO. Sí, eso es. Pero él se ha empeñao en aprender la *jigometria* y la *trejigometria* pa ser ingeinero de minas...

LUIS. Tiene usted razón. La medicina realiza maravillas. Ahí tiene usted la vacuna, descubrimiento de ayer...

PEDRO. ¿Ayer? ¡Si eso se conoce en el pueblo hace milenta años!

LUIS. Quiero decir que es moderno. (Aparte.) ¡Este hombre es un salvaje! Pues bien, la vacuna está arrebatando millares de víctimas á la muerte.

PEDRO ¡Veasté, veasté lo que son las cosas! El tío Cerilo el albéitar, dice que eso no sirve pa ná. Y cuidiao, que el tío Cerilo es hombre de talento, mejorando lo presente.

LUIS Pues la vacuna salva muchas veces de una muerte segura.

PEDRO. Pues el tío Cerilo dice eso, porque allá en el pueblo un arbañil se murió al otro día de haberse vacunao.

LUIS. ¿Y murió de viruelas?

PEDRO. ¡No señor, que se cayó de un andamio!

LUIS. ¡Ya!... (Aparte.) ¡Cuando digo que es un animal!

JULIAN. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

LUIS Pues volviendo á nuestro enfermo, convendría que usted le echara unas ayudas.

PEDRO. Yo no ayudo á nadie.

JULIAN. (Aparte.) ¡Este Luisito me está embromando de veras!

LUIS. (Sentándose á la mesa, después de tomar un tintero que habrá sobre la mesita de noche.) Pues vamos á recetar un calmante para esos dolores. (Sacando del cajón una cuartilla y escribiendo.) Récipe: De sulfato de cobre, diez gramos. De láudano, veinte. De protóxido de mercurio, quince. Agua destilada, sesenta. Mézclese.

JULIAN. (Aparte.) ¡Pero este salvaje me quiere envenenar!

PEDRO. Eso lo manda mucho el tío Cerilo pa los calambres de los güeyes.

LUIS. Ahora mismo se va usted á la botica y lo compra. Estas cosas no deben confiarse á nadie. Son muy delicadas.

PEDRO. Pues ahora mesmo voy de dos zancajás. Me parece que aquí cerca he visto una botica.

JULIAN. No tarde usted, padre, que me estoy muriendo.

PEDRO. Volando, hijo, volando. (Vase.)

ESCENA V

JULIÁN y LUIS

JULIAN. (Sentándose en el filo de la cama.) ¡Bravo, magnífico! ¡Estás hecho un doctor en toda regla! ¡Pero... hombre, te se ocurre reconocerme estando vestido!

LUIS. ¡Yo qué sabía!

JULIAN. Pues me has dado dos ó tres sustos mayúsculos.

LUIS. Nada, Julián, esto marcha. Mañana estás mejor; el otro, mucho mejor, y así sucesivamente hasta que te pongas bueno.

JULIAN. ¿Supongo que no harás tu papel tan á lo vivo que me obligues á tomar el brevaje que has recetado?

LUIS. Ya le daremos á tu padre el cambiazo. No creo que sea difícil, porque, chico, con perdón sea dicho, me parece que tu padre no tiene mucho de Salomón.

JULIAN. Pues ha sido tres veces Alcalde del pueblo.

LUIS. ¡Qué importa! Alcaldes conozco yo que no saben dónde tienen la mano derecha.

JULIAN. ¡Ya lo creo!

LUIS. Conque festejemos la buena marcha de esta comedia con un rato de jaleo. (Tomando la guitarra.)

JULIAN. ¿Y si viene?...

LUIS. Tardará un buen rato.

JULIAN. (Entonándose.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

LUIS. (Escuchando.) Me parece que tu padre vuelve. (Esconde la guitarra debajo de la cama.)

ESCENA VI

DICHOS y PEDRO

PEDRO. El que no tiene cabeza, tiene piés. (Mirando por las sillas.)

JULIAN. (Tapándose de pronto.) ¡Uy!

LUIS. ¿Qué, se le olvida algo?

PEDRO. El dinero, que me lo dejaba en esta silla. (Coge un pañuelo, y acercándose á la cama dice:) ¡Lástima de hijo! Desde la escalera se oian los lamentos. (Vase llorando.)

ESCENA VII

JULIÁN y LUIS

JULIAN. (Sentándose en el filo de la cama.) ¡Valiente susto nos ha dado!

LUIS. Por poco me pilla con el instrumento entre las manos. (Saca la guitarra.)

JULIAN. A mí se me ha helado la sangre en el cuerpo, chico.

LUIS. (Punteando.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!.. Y dime, ¿cuánto le debo pedir á tu padre por tu asistencia?

JULIAN. Veinticinco ó treinta duros.

LUIS. Me parece que te quedas corto.

JULIAN. Hombre, es bastante.

LUIS. ¿Te parece á tí que un médico de mi rango va á visitar á peseta como cualquier principiante? No rebajo ni un céntimo de los cuarenta duros. Treinta para tí y diez para mí.

JULIAN. Acuérdate que tú mismo me decías no hace mucho que la codicia rompe el saco.

LUIS. Pues no transijo en menos. Ten en cuenta que para tu padre soy verdadero médico y me pagará lo que le pida.

JULIAN. Bien te vales de la ocasión. ¡Caramba! tengo las piernas dormidas; voy á estirarlas. (Se pasea por la habitación.)

LUIS. (Punteando.) ¡Ay!... ¡ay!. . ¡ay!...

PEDRO. (Desde el pasillo.) Que pongan ese equipaje en mi habitación. (Por la puerta se ve cruzar un mozo de cuerda con un cofre.)

JULIAN. ¡Uy, mi padre otra vez! (Se acuesta rápidamente) ¡Ay!. . ¡ay! .. ¡ay!...

LUIS. (Escondiendo la guitarra.) ¿Qué se le habrá ocurrido?

ESCENA VIII

DICHOS y PEDRO

PEDRO. ¡Qué cabeza la mía! ¿Esto habrá que traerlo en una vasija?

LUIS. Sí, sí señor... En la botica se la darán á usted.

PEDRO. ¡Y es verdad! ¡Soy más cernícalo!... (Vase.)

ESCENA IX

JULIÁN y LUIS

LUIS. No es mal sastre el que conoce el paño. ¡Cuando él lo dice!

JULIAN. Pues con estos sustos voy á enfermar de veras. (Se levanta y mira con recelo por la puerta)

ESCENA X

DICHOS, PACO y ANTONIO

PACO. (Desde la puerta con recelo.) ¿Se puede pasar?

ANT. (Idem.) ¿Hay permiso?

LUIS. Adelante, jóvenes imberbes.

PACO. ¿Se ha marchado ya?

JULIAN. ¡A Dios gracias! Pero tú, Antonio, acecha en la puerta por si vuelve. (Antonio acecha.)

LUIS. No será extraño, porque parece que ha tomado por apuesta bajar y subir las escaleras.

JULIAN. Tú, (A Paco.) mañana le das el sablazo del sastre. Y tú, (A Antonio.) el del zapatero, dentro de un par de dias; tengo que prepararlo.

ANT. (Abandonando la puerta y hablando á solas con Paco.) Me parece que yo no voy á esperar á mañana; no tengo un céntimo.

PACO. Pienso lo mismo.

ANT. Yo, en cuanto vuelva, sablazo.

PACO. Y yo ídem.

JULIAN. ¡Eh! ¿qué charlais á solas? A ver si hacéis algún disparate.

PACO. Son cosas nuestras.

ANT. (Que ha vuelto á la puerta.) ¡Tu padre sube por las escaleras!

JULIAN. ¡Otra vez!... Cada mochuelo á su olivo. (Vanse Paco y Antonio. Julián se mete en la cama, y Luis se coloca á la cabecera.)

ESCENA XI

JULIÁN, LUIS y PEDRO

PEDRO. (Entrando muy sofocado, con la capa medio caída.) ¿Qué iba usté á hacer con mi hijo, miserable?

LUIS. ¿Pero qué es esto?

JULIAN. ¿Qué pasa?

PEDRO. ¿Iba usté á envenenar á mi hijo?

LUIS. (Fingiendo dignidad.) Poco á poco, señor mío; no le permito ese lenguaje que me ofende.

JULIAN. (Aparte.) ¡Cuando yo dije que este Luisito hacía una barbaridad!

LUIS. Eso es una infame calumnia.

JULIAN. El señor es incapáz de eso.

PEDRO. Pues entonces, ¿por qué lo ha dicho el boticario?

LUIS. Explíquese usted.

PEDRO. Llegué á la botica, ahí más abajo, y salió un viejo con antiparras. Leyó la riceta que usté puso, volvió á leerla, y me preguntó mu sofocao: ¿Quién ha recetao esto? El señor méico, le dije yo. ¡Esto es un veneno! comenzó á gritar; aquí se va á cometer un crimen.

LUIS. (Aparte.) ¡Esto se complica!

JULIAN. ¿Y qué más?...

PEDRO. El tío de las antiparras, todavía más furioso, dijo: Ahora mismo voy á dar parte á la autoridá para que detenga á usté, y se procese á este don Luis Ramírez que firma la riceta.

LUIS. (Aparte.) ¡Caracoles! ¡Yo tomo la puerta! (Se dirige á ella.)

PEDRO. (Deteniéndole.) ¡Eh! Poco á poco, caballerito; no permito que salgasté de aquí. A mí quisieron detenerme, pero pude lograr que me dejaran venir, diciendo que mi hijo se estaba muriendo, y dando las señas de esta casa, donde dije que estaba aguardando el méico, que era el culpable. Y si osté se va, ¿qué voy á decir yo?

LUIS. Yo soy una persona honrada.

PEDRO. Cuando quierosté escaparse, alguna barbaridá ibasté á hacer con mi hijo. Lo que dijo el de las antiparras, á envenenarlo. (Escuchando.) Ya creo que sube el señor Juez; ahora veremos.

LUIS. (Aparte.) ¡Estamos perdidos! Hay que decirlo todo, ó voy á presidio.

JULIAN. (Aparte.) ¡Mi padre me rompe una costilla!
LUIS. Oiga usted; yo le explicaré...
PEDRO. ¡No quiero oir nada!...

ESCENA XII

DICHOS y PACO

PACO. ¿Don Julián Fernández?
PEDRO. Ese es mi hijo, señor Juez.
PACO. (Aparte.) ¿Juez yo? ¿Qué será esto?
PEDRO. Pero vuesencia vendrá buscando al méico de la riceta, que es el señor. (Por Luis.)
LUIS. (Aparte á Paco.) Dí que sí.
PACO. Sí, sí señor. (Aparte.) ¿Qué lío será este?
PEDRO. ¿Usía ha recibido el aviso del boticario de las antiparras?...
LUIS. (Aparte á Paco.) Dí que si á todo, y llévame preso.
PACO. Sí señor; y desde este momento queda este caballero detenido.
JULIAN. (Aparte.) ¡Buen lío se está moviendo!
LUIS. Yo soy inocente, señor Juez.
PEDRO. ¡Trataba de envenenar á mi hijo!... ¡Con una riceta!
PACO. (Aparte.) Ya lo comprendo todo. Una barbaridad de Luis. (Alto.) Bueno, eso se probará en el sumario.
LUIS. (Aparte á Paco.) Vámonos, no vaya á venir el Juez de verdad.
PEDRO. (Aparte.) Lo menos que saca es cadena perpéuta.
PACO. (A Luis.) Sígame usted.
LUIS. Vamos, estoy á sus órdenes.
PACO. (Aparte) Lo que siento es no cobrar los tres trajes.
LUIS. ¡Qué vergüenza para un médico de mi rango! (Se dirigen á la puerta.)

ESCENA XIII

DICHOS y el JUEZ

JUEZ. (Viejo y achacoso.) Creo que debe ser este el cuarto donde se iba á perpetrar el crimen.

LUIS. (Retrocediendo.) ¡Eh!... ¿Quién será este tío?

JUEZ. ¿Don Pedro Fernández?

PEDRO. Servidor.

JUEZ. ¿El profesor de medicina don Luis Ramírez?

LUIS. (Aparte.) ¡Este sí que es el Juez! (Alto.) Servidor de usía, señor Juez.

PEDRO. (Aparte.) ¡Otro Juez!

JUEZ. Quedan ustedes detenidos.

PACO. (Aparte.) ¡Jesús, María y José!

JULIAN. (Idem) ¡Todos á la horca!

PEDRO. Pero, poco á poco. (Al Juez.) ¿Usía no dice que es el Juez?

JUEZ. Sí señor; el del distrito.

PEDRO. (Señalando á Paco.) ¿Entonces, este caballero, quién es?

LUIS. Pues el señor es. . otro Juez.

JUEZ. ¡Ah, un compañero! (Dando la mano á Paco.) ¿Cómo va, compañero?

PACO. Bien, muy bien... (Aparte) ¡Medio muerto!

JUEZ. ¿Y á qué se debe su presencia en este sitio? ¿Acaso le han avisado interinamente en vista de mi tardanza? Esta maldita pierna...

LUIS. (Aparte.) ¡Aunque te la hubieras roto en el camino!...

PACO. Sí, me avisaron interinamente. (Aparte.) ¡Qué compromiso!

PEDRO. (Aparte.) ¡Ná menos que dos jueces! ¡Pa que no haiga justicia!

JUEZ. (A Paco.) ¿Y de qué distrito es usted?

PACO. (Aparte.) (No sé qué decirle.) (Alto) Del de la Universidad.

JUEZ. Ese es el mío.

PACO. Digo, no, del Congreso.

LUIS. (Aparte.) ¿A que también es suyo ese distrito?

JUEZ. Pues me extraña. Porque conozco al Juez de ese distrito, don Ciriaco Rodríguez, y...

LUIS. (Aparte.) (Hay que echarle un capote.) (Alto.) Es que el señor es suplente.

JUEZ. También conozco al suplente, que es el municipal, don Casto Velillas...

JULIAN. (Aparte.) ¡Pero este hombre conoce á todo el mundo!

PACO Diré á usted; es que mi distrito no es de Madrid, sino sino de... Toledo.

JUEZ. Todavía me extraña más, porque usted ha dicho que es del distrito del Congreso, y en Toledo no hay ni ha habido nunca Congreso.

LUIS. (Aparte.) (Cada vez lo ponemos más turbio.)

PACO. (Idem.) (Este tío me pierde.)

PEDRO. (Idem.) (¿Si sabremos de dónde es Juez este hombre?)

PACO. (Idem.) (Yo lo digo todo, y salga el sol por donde quiera.) (Alto.) Bueno, pues la verdad; yo no soy Juez ni cosa que lo valga.

JULIAN. (Aparte.) (Ya se echó todo á rodar.)

JUEZ. ¿De modo que usted es un farsante?

PEDRO. ¿Entonces, á qué vinosté aquí?

PACO. (Aparte.) (Yo no suelto la tajada.) (Alto.) Yo soy el sastre y venía á cobrar dos trajes á su hijo. El señor, (Por Pedro.) me tomó por el Juez, y este otro señor, (Por Luis.) me suplicó que dijera que lo era.

LUIS. (Aparte.) ¡Este Paco me compromete por salvarme! ¡Pues á Roma por todo! (Alto.) Óiga usted la verdad, señor Juez. El señor, (Por Paco.) no es tampoco sastre.

PEDRO. ¡Pues entonces, tóos están ostés aquí farsificáos.!

JULIAN. (Aparte.) Hablemos claro, y será lo mejor. (Tirándose de la cama.) Sí, padre; aquí todos somos unos farsantes.

PEDRO. ¿Pero tú no estás malo?

JULIAN Óiga usted, señor Juez; se trata de una broma que hemos dado á mi padre, sin malicia alguna.

LUIS. ¿Es una broma?

PEDRO. Sí señor, todo ha sido broma.

LUIS. Yo no soy médico.

PACO. Y yo, ni Juez ni sastre.

PEDRO. ¿De modo, que me han engañao ostés miserablemente?

JULIAN. Sí, padre. Pero aquí no se trataba de ningún crimen, como usted y el señor Juez han sospechado. Yo le

decía por cartas á mi padre, que estaba malo y le pedía dinero; y él, por un exceso de amor paternal, vino á mi lado. Para que no me rompiera una costilla, me metí en la cama; éste, (Por Luis.) que es un compañero, accedió á presentarse como médico y ha recetado esa barbaridad, que no hubiera tomado nadie.

JUEZ. Todo me lo explico. ¿Pero este señor?... (Por Paco.)

JULIAN. Es otro compañero que se prestó á pasar por sastre; y otro compañero se había prestado á hacer de zapatero.

PEDRO. Para sacarme cuartos, ¿eh? No sé cómo no enristro la vara, y...

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ANTONIO

ANT. ¿Don Julián Fernández?

PEDRO. (Á Julián.) Oye, ¿quién es éste?

ANT. Yo soy el zapatero, que...

PEDRO. (Corriéndolo con la vara, por el cuarto.) ¡Arre allá! ¡Como te pille!...

ANT. ¡Ay!... ¡ay! .. ¡que me mata!

JUEZ. (Levantando el bastón en alto.) ¡Silencio, y respeten esta insignia!

ANT. ¡Un Juez! ¿Qué, nos llevan á presidio?

JUEZ. No hay que alarmarse. Comprendo que todo esto ha sido una locura sin consecuencias, y quedan todos en libertad. Si alguna vez se tuerce la vara de la justicia, dijo Cervantes, que no sea por la dádida, sino por la misericordia.

LUIS. Gracias, señor Juez.

PEDRO. (Aparte.) ¡Qué lástima que no les haya dao una colaílla de cárcel! Algunos jueces son de mazapán.

LUIS. (Cayendo de rodillas delante de Pedro.) ¿Pero usted nos perdona?

PACO. (Idem.) ¡Usted también nos perdonará!

ANT. (Idem.) ¡Usted no querrá vengarse!

PEDRO. ¡Basta, que no soy de alcornoque!
LUIS. Me parece que sí...
PEDRO. ¿Eh?
LUIS. Que me parece que sí nos perdona usted.
PEDRO. Están ostés indultáos, aunque merecían que yo les midiera las costillas. Y en cuanto á tí, (A Julián.) te llevo al pueblo á escardar cebollinos. Mejor quiero que seas un buen labrador, que un mal abogao ó un mal méico.
LUIS. (Aparte.) ¡Al fin hemos escapado con pellejo!
PACO. (Aparte.) ¡Pero sin un cuarto!
PEDRO. (Adelantando al proscenio.)

Dice un refrán castellano
que el hábito no hace al monje,
y á este modesto juguete
le viene el refrán de molde.
No encontrando el autor título,
puso SÓLO PARA HOMBRES,
porque en el sainete somos
hombres todos los actores.

—

Aunque el juguete no tiene,
como se ve, pretensiones,
yo quiero llevarle algo
al autor, que no se enoje.
Es un chico muy modesto
que no tiene aspiraciones;
con una sola palmada
se quedará tan conforme. (Telón rápido.)

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

Hojas y flores, poesías; un tomo.
Andrea, pequeña novela.
La algarada de Lucena, leyenda histórica.
Conciliación, poema (*segunda edicion.*)
La Reconquista de Malaga, canto épico.
Romancero de Granada.
Los peritos calígrafos y el cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios en los Tribunales de Justicia.
Artistas granadinos de los siglos XVI al XIX y obras que de ellos se conservan en Granada.
Estudio biográfico del Cardenal Belluga, premiado en el Certamen de Murcia en 1891.
Siluetas granadinas.
Juana la Violetera, novela original.
Solo para hombres, juguete cómico en un acto y en prosa.

EN PREPARACIÓN

El beso de la devota, novela.
Rimas y cantares.
Biblioteca de Escritores granadinos, desde la época de los Reyes Católicos hasta nuestros días.
Reseña histórica genealógica acerca de los conquistadores de Granada.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas



PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.